

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 80.

25^{cts.}



UNA TRAGEDIA
EN EL MAR

Edna Murphy
Donald Keith

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración Teléfono 18551

Año VII

BARCELONA

N.º 367

Una Tragedia en el Mar

Interesante drama de amor y aventuras
interpretado por

Edna Murphy, Donald Keith, Sheldon Lewis,
Francis Ford y Tom Santschi.



PRODUCCIÓN RAYART IMPERIAL

Exclusiva de

Importaciones Cinematográficas, S. A.

Aragón, 252. - BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de
CAMILA HORN



Una tragedia en el mar

Argumento de la película

Entregado Juanito Harland, hijo de un rico armador, a todos los desmanes de una juventud tumultuosa, sabía, no obstante, hacer compatibles los alegres placeres nocturnos con los deportes diurnos, y cuanto más emocionantes, mejor.

En efecto, como para compensarse de las fuerzas físicas que prodigaba en continuas francachelas, a menudo salía a dar paseos durante el día en una canoa automóvil, surcando las aguas tranquilas a una velocidad fantástica, tanto, que más que correr la canoa volaba.

Pero no iba solo, desgraciadamente, sino acompañado, como si temiese que se le escapase el mejor día con otra, de la causa principal de todas sus locuras, la peligrosa "Flor de Fuego", la artista de moda en el mundo frívolo del "cabaret".

Aquel día, cuando Juanito regresaba al desembarcadero, no se dió cuenta de que un bote

cruzaba en aquel momento el lugar por el que la canoa iba a pasar forzosamente, a juzgar por su dirección y la distracción en que se hallaban sus ocupantes, entregados a cambiarse frases cariñosas, engañosas, como siempre, por parte de "Flor de Fuego"; y Diana Drake, una linda sirena rubia, hija de un viejo lobo de mar, que bogaba con rumbo al barco que mandaba su padre, de vuelta de unas visitas a la ciudad, ante el inminente peligro que le amenazaba desvió rápidamente la barquichuela y dió un grito.

Juanito volvía a su posición normal en tan críticos momentos, y pudo evitar el choque haciendo un estupendo viraje.

El remolino que formó el agua volcó la frágil embarcación de Diana y ésta se vió obligada a tomar un baño.

Sin vacilar, creyendo a la desconocida en peligro, Juanito se arrojó al mar y en un abrir y cerrar de ojos se halló al nivel de ella, ofreciéndose a ayudarla, deshaciéndose en excusas...

—La culpa ha sido mía y debo ayudar a usted.

Diana le miró severamente y repuso:

—¡Gracias!... Pero, como usted ve, no necesito ayuda.

Y braceando como una consumada nadadora se alejó de Juanito hacia el desembarcadero más próximo al lugar donde ocurrió el semibordaje.

No obstante, Juanito, porfiado, la siguió, y cuando ambos pisaron tierra firme, repitió sus disculpas, lamentando lo sucedido, empero encantado de haber conocido a la encantadora rubia.

"Flor de Fuego", disgustada por el empeño de Juanito en congraciarse con Diana, pilotó la canoa hacia donde ellos desembarcaran; y al verla asomarse por la corta escalerilla que daba acceso al muelle, la encantadora rubia dijo a Juanito con desdén:

—Su amiga es quien puede necesitar su ayuda. A mí no me hace falta.

Y retorciéndolo entre sus manos de hada los bajos de su falda, para evitar que chorreasen, se apartó con paso rápido del causante, involuntario, pero causante al fin, de su mojadura.

Juanito se disponía a seguirla, pero la aparición de "Flor de Fuego" le hizo variar de propósito, muy a pesar suyo, en verdad.

Yendo hacia la artista, él le dijo, sonriente al verla enojada y mirando hacia Diana, que no era ya más que un punto en la lejanía:

—¡Por poco ahogamos a esa muchacha!

—Sí, ya comprendo...

—¿Qué es lo que comprendes, preciosa?

—Te interesan las rubitas, ¿eh? Mucho insistías por estar a su lado.

—¡Pero si ni siquiera la conozco! ¡Vamos,

no te enfades, que tenemos que almorzar juntos!

—Me parece que debería negarme a acompañarte...

—No me des esa pena, lucero... ¿Vas a creer que yo puedo enamorarme de otra mujer, siendo tú la más bella entre todas?

"Flor de Fuego" cedió, al fin, como desde un principio sabía ella que había de ceder, y cogidos del brazo, como dos buenos novios, lanzáronse en busca del primer taxi que se les pusiera a tiro, para ir Juanito a su casa a cambiarse de ropa, en primer lugar, y luego; esperándole "Flor de Fuego" en el coche, a almorzar juntos.

La vida les sonreía ofrendándoles riquezas y placeres que parecían inagotables.

A costa de una vida de trabajo y de perseverancia Juan Harland había llegado a ocupar un lugar preeminente en el mundo de los negocios, mas vivía en constante zozobra por las calaveradas de su hijo, Juanito.

Mientras éste y "Flor de Fuego" almorzaban en discreto lugar de un popular restaurante, el señor Harland veía rebasar la copa de su resignación leyendo el siguiente suelto periodístico:

UNA AVENTURA DE FOLLETIN

Se juzga inminente el enlace del hijo de un conocido naviero con una "estrella" de cabaret.

Ese hijo de un conocido naviero no podía ser otro que Juanito, y, furioso, dió un puñetazo a la mesa.

—¡Esto es intolerable! ¡Fuera contemplaciones! ¡Ya verá ese mocoso cómo le hago cambiar radicalmente de conducta!

En tal instante, cual si respondiese al deseo del señor Harland, un criado le anunció una visita...

—El capitán Drake, señor.

Agradablemente sorprendido, aun cuando esperaba su llegada, el señor Harland saludó al marino afectuosamente, tratándose los dos como excelentes amigos, sin establecer distancias, pese a la opulencia del uno y a la modestia del otro.

Bueno, pero enérgico, y comprensivo siempre... menos cuando el "whisky" le hacía perder la razón, tal era Jorge Drake, capitán del navío "Hellion", del que era dueño el padre de Juanito.

El señor Harland y el capitán Drake navegaron juntos en sus años de mozos y siempre

se trataron afectuosamente, pero mientras el primero había arribado a buen puerto, el segundo seguía luchando con el mar y con sus hombres.

Drake dijo al armador:

—Todo está dispuesto para zarpar. Vengo por la documentación del barco.

El señor Harland abrió un cajón de su mesa de trabajo, sacó del mismo un sobre lacrado, y entregándoselo a Drake le manifestó:

—Aquí, en este sobre sellado, van todos los papeles y unas instrucciones mías, que no leerás hasta que estés en alta mar.

—Perfectamente.

—Mi fortuna toda está a merced de esta empresa, Drake. El transporte de esa carga es de vital interés para mí, pero aun hay otra cosa que me preocupa y me interesa mucho más... ¡mi hijo!

—¿Juanito? ¿Qué le pasa a tu chico?

—¡Está hecho un buen pez!, hablando en nuestro lenguaje, y sólo veo un medio para cortar de raíz sus aventuras, para lo cual necesito de ti.

—Ya sabes que de antemano acepto ayudarte en lo que sea... y como sea.

—Gracias. Mi afán es que mi hijo se regere...

El señor Harland bajó la voz, temeroso de ser oído, y mientras exponía su plan a Drake, éste asentía, conforme en un todo con su buen amigo.

La tripulación del "Hellion" no esperaba sino la orden de izar velas para hacerse a la mar.

El cocinero de a bordo frotaba con un paño el letrero en que rezaba el nombre del barco, y "deambulando" por allí, un viejo masticador de goma se complació en ensuciarle el trabajo rociándolo de líquido pringoso... como si sus labios fuesen un vulgar tirador...

—¿De dónde ha caído esta porquería? — preguntábase el émulo de Brillat Savarin, sin sospechar que pudiera ser el "rumiante".

El autor de la hazaña sonreía por lo bajo, como un chiquillo, gozándose en el desconcierto del cocinero, más negro que una pesadilla.

El masticador respondía por "Pata de Palo", por tener una pierna de madera, y era más pícaro que un pirato de los Siete Mares, pero tenía un corazón de niño, y, tal vez, por ello, a pesar de sus años, hacía las veces de grumete a bordo del "Hellion".

De súbito, "Pata de Palo" "roció" el suelo, revelándose inconscientemente como autor del

"obsequio" al letrero, mas el cocinero no pudo decirle nada, puesto que el infantil inválido exclamó, señalándole a Juanito, que acababa de llegar al barco:

—¡Que me quede en seco para toda mi vida si ese niño no se ha metido aquí sin saber en donde se ha metido!

Desde lejos le examinó de pies a cabeza, compadeciéndose de él porque se imaginaba que era un pollito "pera" incapaz del menor esfuerzo, pero le pareció más simpático cuando Juanito, buscando con la mirada a alguien, le llamó amablemente.

—¿Es a mí? — díjole "Pata de Palo".

—Sí, a usted, señor...

La palabra "señor" hizo sonreír al viejo, pues a nadie amarga un dulce.

—¿Qué le trae por acá, señorito? — preguntó "Pata de Palo".

—¿Dónde está el capitán?

—¿Qué le quiere usted al capitán?

—He de verle personalmente.

A pocos pasos de ellos se hallaban los hombres de a bordo llenando la bodega de carga, vigilados por el segundo de a bordo, Julio Kilroy, fuerte como una bestia, envidioso e intrigante, que los trataba como no se trata ni a los irracionales.

Uno de los marineros tuvo la desgracia de que se le cayese una caja que conducía a la boca de la bodega, y se echó a temblar al ver a Kilroy dirigirse hacia él apretando los puños, dispuesto a descargárselos.

En efecto, como lo temían todos, el salvaje zarandeó al infeliz marinero y le dijo:

—¡Eres más torpe que un asno y te voy a romper los huesos para que te sacudas un poco esa torpeza!

Y dicho esto le desplomó contra la base del palo mayor, causándole una fuerte conmoción cerebral.

No contento con su criminal acción, que a todos dejó suspensos, Kilroy llamó a uno de los hombres, el de mayor confianza, su confidente y auxiliar, apodado Malacara por su antipático rostro y por ser tan desalmado como su jefe, quien tampoco la tenía agradable.

—Encárgate de ese mostrenco y despábilalo como sea. Si no lo consigues, me lo dices y lo despediré.

Después de esas escenas, Kilroy vio a Juanito hablando con "Pata de Palo" y se acercó a él, para mandar a su obligación al viejo, la cual no era, ciertamente, recibir a los pollitos que subían al barco.

"Pata de Palo" al verle aproximarse se

alejó discretamente, murmurando, sin cesar de masticar:

—¡Ahí queda eso, rico!

Kilroy miró despectivamente a Juanito.

—¿Quién es usted? —inquirió.

—Béstele saber que traigo un encargo importante para el capitán Drake —le respondió secamente Juanito, a quien Kilroy le resultó soberanamente antipático.

—Puede usted darme esa carta a mí...

—¿Es que no me he expresado bien? No es para usted, es para el capitán.

—¿Le conoce usted? ¿Cómo sabe que no soy yo?

—¡Qué inocente! Además de por la cara lo he conocido en la gorra.

—¡Es usted muy gracioso!

—No lo sabía, y siempre es bueno saberlo todo...

—Bueno... basta de conversación... El capitán está en su camarote...

Al cabo de unos instantes Juanito entraba en el camarote del capitán Drake, quien le recibió muy cordialmente.

—Es usted el hijo del señor Harland, ¿verdad? —le preguntó, aunque ya sabía que lo era, no porque le conociese, sino porque esperaba su visita.

—Sí, capitán, y mi padre me ha encargado que traiga a usted esta carta, que dice es en extremo importante.

El marino rasgó el sobre y se puso a leer detenidamente el escrito.

En tanto, en un camarote contiguo al del capitán, una rubia sirena se hacía coquetamente la "toilette". Esa linda mujer era Diana.

Cuando hubo terminado de leer la carta del señor Harland, el capitán la dobló, se la guardó en un bolsillo, y dijo a Juanito:

—Tiene mucha razón su padre, joven... Aguarde aquí, que ahora le daré la contestación.

Le señaló una botella de licor, para que hiciera uso de ella si le venía en gana, y salió del camarote, cerrando la puerta del mismo sin hacer el menor ruido, es decir, sin que Juanito lo advirtiese.

Luego el capitán subió a cubierta y le dijo a Kilroy, que también estaba enterado de la nueva adquisición que debía hacer el barco en la persona de un señoritingo:

—Ya está abajo. Podemos zarpar.

Un poco después el barco, al impulso de sus airosas velas, abandonaba el puerto.

Juanito, al sentir la sacudida de la marcha, se alarmó, y al mirar por un ventanillo vió confirmadas sus sospechas: ¡El barco zarpaba

sin que se hubiese acordado el capitán de hacerle desembarcar!

Fué para salir, pero al encontrar cerrada la puerta del camarote se puso a golpearla furiosamente.

Y en respuesta a sus llamadas apareció ante él, abriéndose de súbito la puerta del camarote, el capitán Drake, Kilroy y la tripulación que no estaba de servicio.

Juanito dijo al capitán:

—¿Qué es esto?... ¡Vuelvan atrás!... ¡Déjenme en tierra!

Drake no le ocultó la verdad:

—Se halla usted aquí porque así lo ha ordenado su padre, para que aprenda usted a vivir... Cuando vuelva a pisar tierra habrán pasado seis meses... Y ahora, a obedecer y a trabajar.

—¿Trabajar yo... en un barco? — protestó Juanito, aterrado.

La tripulación se reía, encantada de que alguna vez los señoritos descendiesen hasta ellos para que supieran cómo se ponen las mancs cuando sirven para algo más que para llevar sortijas y para comer buenos platos...

Pero Juanito quería rebelarse, huir de aquella cárcel, y Kilroy, encontrando ya ocasión de hacerle sentir todo el peso de su odio, lo agarró como un pelele y lo sacó del camarote del

capitán, obligándole a subir a cubierta para empezar a ensuciarse sus flamantes pantalones blancos.

Diana subió en aquellos momentos a cubierta. La encantadora rubia se había criado y vivía en medio de los toscos marineros, como nace, crece y esparce su aroma una flor entre abrojos y maleza...

Y en tales instantes le decía a Kilroy Juanito, que había tenido ocasión de conocer toda su brutalidad:

—A usted le está llamando a gritos la barra... pero con un buen grillete. Mi padre arreglará esto...

—El que no se escapará de la barra serás tú, niño bonito. ¡Y a trabajar, y duro!

—Si me manda en esta forma, no obedeceré.

—¡A trabajar, he dicho! Y para que no repitas tu bravata, toma.

Y lo tumbó de un formidable puñetazo.

La tripulación se dispuso a presenciar un grotesco espectáculo al ver a Juanito levantarse y hacer frente al bruto.

"Pata de Palo" rogaba a todos los santos de su devoción para que acudiesen en ayuda de Juanito, y ni que decir tiene que los demás tripulantes, excepto Malacara, deseaban que venciese el pollito, aunque esto era una cosa de milagro.

Juanito, que era un hombre, contestó con golpes a los golpes, y a pesar de ser derribado varias veces no se amilanó, castigando a su vez a Kilroy.

Enardecida, la tripulación deseaba que aquel morboso espectáculo no terminase nunca.

Diana vio la crueldad de Kilroy, maltratando a aquel joven que ella no había visto aún, y cuando Juanito fué a dar por innumerable vez con sus huesos en tierra, sangrando por la boca, corrió a impedir que el salvaje siguiese abusando de su fuerza con él.

—¡Bruto! ¿Por qué maltrata a ese hombre? — le echó en cara, temblando de ira.

Kilroy descubrióse ante Diana, a la que amaba, y contestó:

—Lo siento mucho, señorita... pero órdenes son órdenes...

Inmediatamente Diana arrodillóse ante Juanito, para ayudarle a incorporarse, y el asombro de los dos jóvenes fué inenarrable al reconocerle.

Y Juanito, sonriendo, murmuró:

—¡Nos encontramos otra vez!... ¡Pero, cómo nos encontramos!...

El capitán Drake había hablado a Diana de cierto joven que debía regenerarse en el barco, pero lejos estaba de suponer la gentil mu-

chacha que ese joven era el causante del baño que ella tomara aquella mañana.

Conociendo el carácter de Kilroy, le aconsejó en voz queda...

—Obedezca y calle, es lo mejor... Esta es la ley del mar...

Juanito afirmó con la cabeza, resignado a humillarse... porque allí estaba la fascinadora sirena.

Pasaron unos días.

El "Hellion" navegaba felizmente y la vida a bordo parecía ser más amable...

Juanito y Diana eran buenos amigos... pero el joven se insinuaba en el corazón de la muchacha, sinceramente enamorado de ella.

Pero Diana recordaba a "Flor de Fuego", y al comprenderlo al mostrarle un retrato de la artista, que él llevaba en la cartera y que luego rompió, Juanito repuso:

—¡Pero si a mí quien me interesa es usted! Es usted mi único consuelo aquí, en este barco que pertenece a mi padre y donde todos debían ser amigos.

Se habían trocado los papeles... ahora era Juanito quien necesitaba la ayuda de Diana.

Kilroy les sorprendió en cariñosa plática y no vaciló en ir a sacudir un poco a Juanito.



—¿Por qué maltrata a ese hombre?

—Aquí has venido de grumete y no de escudero de esta señorita... ¡A trabajar! — le dijo odiosamente.

Juanito crispó los puños, pero una mirada suplicante de Diana le hizo obedecer sin chistar.

"Pata de Palo" le salió al paso, sin que Kilroy pudiese verle, y le ofreció, con su simpatía, su buena amistad.

—¡Tenga paciencia! El piloto es malo de pelar, pero a los malos les llega su hora... y en mí tiene usted un amigo...

—Gracias... —replicó, agradecido al buen viejo, Juanito.

Kilroy había intentado decirle cuatro palabras a Diana, pero ésta le dejó plantado con brusquedad, no pudiendo expresarle de mejor manera la aversión que sentía por él.

Malhumorado... e intrigado por lo que ocurría en el barco, el salvaje marino fué al encuentro de Malacara y le hizo partícipe de sus pensamientos.

—Es bien extraño este viaje, sin saber adónde vamos, ni el cargamento que llevamos a bordo, en el que hay algo misterioso, pues el capitán no sale de su camarote.

Drake estaba leyendo, en alta mar, conforme a las indicaciones del padre de Juanito, la carta encerrada en el sobre sellado. Entre otras cosas de menor importancia, decía así:

Su destino es la Isla de las Perlas, 18° de latitud Sur y 92° de longitud Oeste, en los ma-

res del Sur. En cuanto arribes dirijete con el cofre a Carlos Benton, quien está enterado de mi proyecto allí.

Razonando astutamente, el capitán Drake pensó que el cofre con el tesoro no estaría tan seguro en parte alguna como en su propio camarote y ello era la causa del aislamiento en que hacía la travesía.

Pasaron varias semanas más, y un día Malacara sorprendió, mirando por un ventano, al capitán Drake embriagándose como una cuba; y fué a decirle a Kilroy:

—Me parece que ha llegado el momento... El capitán está a punto de estallar, hecho una barrica de "whisky", y yo voy a arrimar un poco de fuego a la hoguera....

Kilroy, sonriendo satánicamente, respondió:

—Voy a su camarote, y, si tengo ocasión, le diré algo...

Acababa de ver, con la consiguiente indignación, a Diana y Juanito juntos, muy acaramelados, pues con el trato diario habían llegado a amarse profundamente, convencidos de ser dignos el uno del otro.

El capitán estaba, en efecto, más borracho que Noé. Sosteniéndose dificultosamente en pie, preguntó a Kilroy:

—¿Ocurre alguna novedad a bordo?

—Nada, capitán El mar, como una balsa; el sol, abrasador, y silencio por todas partes...

—Bueno... bueno...

—La tripulación en su puesto siempre, cumpliendo a satisfacción... Pero...

—¿Qué ocurre?

—Del único que no puedo hacer carrera es del joven Harland, que sólo piensa en hacer el amor a su hija... y esos pollitos... En fin, usted sabrá lo que conviene hacer...

—¿Qué dices?

El capitán, cegado por el vino, subió a cubierta, para enfrentarse con Juanito.

Kilroy quedó solo en el camarote y aprovechó esta circunstancia, buscada y conseguida, al fin, para revolver los cajones de la mesa de trabajo del capitán, y halló la carta con instrucciones del señor Harland. Luego buscó el cofre y lo encontró debajo de la mesa cubierto con una lona.

En tanto, Drake, separando bruscamente a Juanito de Diana, le gritó, arremolinándose presto la tripulación alrededor de ellos:

—¿Conque no puede contigo ni Kilroy?... ¡Yo te enseñaré lo que es la disciplina!...

Diana hacía señas a su padre, para que se calmase, dándole a entender que Juanito era un buen muchacho, pero el capitán, sin saber lo que hacía y considerando peligrosísimo el

que Juanito y Diana se relacionasen, continuó gritando, amenazador:

—¡Aquí no se tolera ninguna desobediencia, ni la menor rebeldía, y quiero que el caso tuyo sirva de escarmiento!

Juanito se esforzaba en calmar al alcoholico, mas no consiguió otra cosa que irritarle más.

Y Drake se arrojó sobre él y le dió furio-



—¿Qué dices?

Los golpes, cuyo dolor, cegando a su vez a Juanito, le obligó a defenderse, en vista de que el capitán no parecía dispuesto a terminar.

Los dos hombres rodaron por el suelo, ante la aterrada Diana, que condenaba a su padre, por haber sido él el que provocara a Juanito, de cuya bondad ella podía responder, y la tripulación se enardecía, deseando, los más, la muerte del capitán, pues Malacara había logrado predisponerlos a favor de Kilroy, por si ocurría algo...

Kilroy salió en aquellos momentos del camarote del capitán y arrastrándose sobre el puente presencié la pelea, revólver en mano, pronto a disparar...

El capitán, viéndose dominado por Juanito, sacóse un revólver y se lo encañonó, pero el joven pudo arrebatárselo antes de que disparase, y lucharon de nuevo cuerpo a cuerpo.

Entonces Kilroy vió llegaba la ocasión de suprimir estorbos... y disparó su revólver, cuya bala, certeramente dirigida, alcanzó a Drake en el pecho, hiriéndole mortalmente.

Juanito quedó anonadado. Diana, sin que ni por un momento achacase la culpa de lo sucedido al joven, se abrazó llorando a su pobre padre, mientras Kilroy, una vez cometida su mala acción, ocultaba entre el cordaje el revólver homicida y, arrastrándose, como los reptiles, se apartaba del puente, para ir a reunirse tranquilamente con los espectadores de la tragedia.

Peró un testigo tuvo su crimen: "Pata de Palo".

**

Juanito no había disparado, es decir, creía no haber disparado, pues no pasó por su mente ni la tentación de disparar el revólver que seguía empuñando, pero, atónito, atribuyó el tiro a obra de la fatalidad.

Tal vez, al recobrar la calma, hubiese tenido la idea de comprobar si su arma contenía una cápsula vacía, pero Kilroy, que era la personificación de la astucia, fué a quitarle el revólver y le acusó de plano:

—¡Lo he visto todo!... ¡Un acto de tal naturaleza es de la mayor gravedad! ¡Llevalo a la barra!

El malvado se creía ya capitán, pero Drake, sintiéndose morir, libró a Juanito del castigo, llamándole a su presencia, y ordenó a los que le acompañaron, que se marchasen, pues tenía que hablar a solas con él y con Diana.

Y así habló el capitán, arrepentido de haberse portado como un bruto con Juanito:

—Ha sido un accidente, ya lo sé... ¡Justo

castigo a mi soberbia!... Sé que muero y tengo que hacerle varios encargos, joven Harland...

Le entregó la documentación del buque y las instrucciones escritas recibidas de su padre y, por último, la carta que el señor Harland le mandara para que hiciera permanecer en el barco a Juanito.

—Léala... — le dijo — y procure hacerse digno de su buen padre.

Juanito leyó dicha carta y sus ojos se humedecieron. Decía, en parte, así:

...su porvenir significa todo para mí: esperanzas, ambiciones; pero le veo por mal camino. Reténle ahí, como hemos convenido, y haz de él un hombre.

Tu fraternal amigo

Juan Harland.

—¡Ahora es cuando veo cómo me quiere mi padre y la razón que tiene! — reconoció, emocionado, Juanito, mirando amorosamente a Diana.

Drake continuó, convencido de la nobleza de Juanito:

—El dinero que lleva el barco es de su padre exclusivamente, y se halla en ese cofre debajo de mi mesa, pero la tripulación

debe seguir ignorándolo... Yo confío en usted para todo... ¡para todo!... incluso para que vele por mi hija...

"Pata de Palo" había encontrado el revólver que Kilroy escondiera y se lo llevó a Juanito, para que éste supiera que él no era autor del disparo que había herido de muerte al capitán, sino el infame segundo de a bordo.

Pero antes de que Juanito pudiese revelar la verdad a Drake, el infeliz capitán expiraba.

Y a poco Kilroy, seguido de la tripulación, que se había dejado tentar por la oferta del reparto del dinero contenido en el cofre, hizo irrupción en el camarote del difunto, y, sin respetar nada, dijo:

—A falta de capitán quien manda aquí soy yo. Venimos a hacer un registro en este camarote...

—¡Alto! — gritó Juanito, amenazando a todos con un revólver—. No ya por mí, que soy el propietario y el capitán de este barco, sino por respeto al que lo fué, cuyo cuerpo está caliente aún, le exijo... le concedo una tregua para arreglar esta cuestión...

La amenaza era convincente... Era preferible no precipitar las cosas, y Kilroy respondió:

—Así, pues, hasta mañana...

De pronto una voz gritó:

—¡Tierra a estribor!

Juanito, Diana y "Pata de Palo" miraron por un ventano y vieron tierra en la lejanía.

—¿A qué hora pasaremos cerca de la isla?

—preguntó Juanito a "Pata de Palo".

—La señal será seis campanadas poco antes de la media noche...

—Bien... Arrojaremos el cofre al agua, pues es el mejor medio de salvarlo. Allí habrá poco calado y se podrá recuperar fácilmente después...



El mar sepultó por siempre al capitán Drake, y la misma campana que horas antes doblara como una plegaria para el muerto, dió la señal para sepultar el tesoro.

Pero el cofre era pesado y al caer produjo mucho ruido, por lo que, sospechando lo ocurrido, Kilroy, con su gente, con la que estaba reunido en el dormitorio común, apresuróse a dar alcance a Juanito, quien ya se había hecho hacer por "Pata de Palo" un croquis con la situación exacta del lugar en que había caído la caja.

Kilroy, no habiendo encontrado el cofre en el camarote del capitán, dijo a Juanito:

—¡Se han precipitado los acontecimientos!... ¿Dónde está el cofre con el oro?

Sin acobardarse, satisfecho de haber podido arrebatarse a aquel miserable el tesoro, el joven Harland contestó:

—¡En el fondo del mar, donde tú y esos otros bandidos que te siguen no lo encontraréis jamás!

Kilroy le miró con ansia de matarle, y



—...y tú vas a bajar a buscarlo...

rugió:

—Nosotros no lo encontraremos, pero tú sí, y tú vas a bajar a buscarlo, o de lo contrario no pienses en volver a pisar tierra jamás... ni Diana tampoco...

Era una temeridad resistirse. Eran muchos contra tres, y entre éstos había una mujer y un mutilado...

Por tal razón Juanito, para salvar a Diana más que a sí mismo, aceptó bajar al fondo del mar para recuperar el cofre, así como Malacara, uno por cada costado del barco, convenientemente equipados.

Pero Malacara no tenía la misión de buscar el tesoro, sino de seguir los movimientos de Juanito y cuando éste lo hallase, matarle.

Al punto de colocarse el escafandro, para hundirse en el mar, Juanito, sin que nadie le viese, entregó a Diana la documentación del barco, que la gentil muchacha escondió en una doblez de su chaqueta, así como el croquis dando la clave para buscar el cofre, y besándola lleno de amor, fué entrando lentamente en las aguas...

Juanito encontró pronto el tesoro, pero Malacara se lo quiso disputar, y los dos buzos se acometieron, pero contrariamente a los deseos de Kilroy, Malacara quedó en el fondo del mar.

Juanito hacía señales para que le subiesen,

y no eran obedecidas.

¿Qué ocurría en el "Hellion"?

Kilroy quería vengarse personalmente de Juanito y obligó a "Pata de Palo" y a Diana a que no le renovasen el aire; pero el viejo inválido, empuñando el revólver homicida, el mismo de Kilroy, obligó a todos a apartarse de allí, hasta que, a traición, uno de los hombres del salvaje logró derribarlo al suelo arrojándole un hierro a la cabeza.

Diana, entonces, apoderóse del revólver y tuvo a raya a los miserables, pero no había ya ninguna bala y Kilroy fué a separarla del aparato renovador de aire.

Airada, Diana le dijo, odiándole con toda su alma:

—¡Mucho le despreciaba a usted antes, pero ahora le desprecio mucho más!

Juanito corría peligro de asfixia, pero, por fortuna, aligerado de los plomos, pudo salir a flote, apoderándose del cable de su caído enemigo, y cuando se hallaba apenas en el barco, vió a Diana huyendo de Kilroy, por las jarcias, y al miserable tras ella.

Ante el peligro que corría la joven, Juanito despojóse de sus vestiduras de buzo y, después de desembarazarse de cuantos trataron de impedirlo, se precipitó en auxilio de su amada, y al alcanzar a Kilroy sostuvieron ruda pelea, a consecuencia de la cual el bruto cayó

sobre cubierta y Juanito al mar.

Pero antes de que Kilroy se recobrara del golpe recibido, Juanito se hallaba de nuevo sobre cubierta y mientras los sicarios del bruto perseguían a Diana, los dos enemigos se acometieron otra vez, logrando Juanito dominar al que hasta entonces le había dominado.

Diana se deslizó por una cuerda hasta cubierta desde notable altura, y apoderándose de ella Juanito le dijo, pues no había tiempo que perder:

—, Sólo a nado podremos salvarnos!

Se arrojaron al agua y nadaron desesperadamente hacia la cercana orilla.

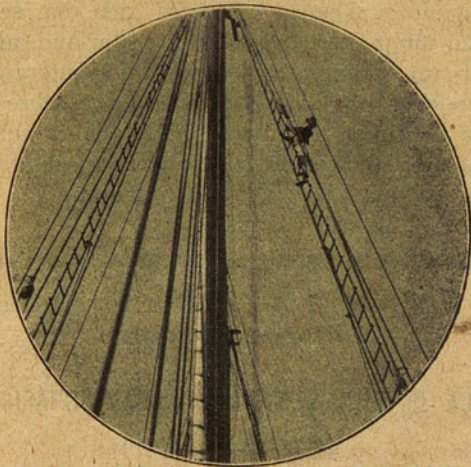
Kilroy y sus hombres, desesperados, botaron una lancha y salieron en su persecución, pero no lograron alcanzarles.

Al llegar, tras no pocos esfuerzos, a la isla, Juanito y Diana vieron una casa a corta distancia, y precipitáronse a ir a pedir socorro a sus moradores, quienes resultaron ser Carlos Benton y sus hombres, o sea, los empleados del señor Harland, pues aquella era la Isla de las Perlas.

En breves palabras Juanito refirió a Benton lo ocurrido, presentándose como hijo del señor Harland, y huelga decir cómo fueron recibidos Kilroy y sus secuaces por aquella gente armada.

Y allí, delante de todos, Juanito, mostrándole el revólver homicida, acusó a Kilroy de la muerte del capitán Drake, y ya que no con palabras, el asesino confesó su delito al apoderarse del revólver y pretender matar, por haberle descubierto y perdido, a Juanito.

Pero el revólver no estaba cargado, afortunadamente para Juanito.



..huyendo de Kilroy, por las jarcias..,

Los rebeldes del "Hellion" serían puestos a buen recaudo, como Kilroy, por supuesto, y el tesoro sería recuperado con calma y sin peligro alguno por los fieles empleados de Benton,

Pocos días después el "Hellion", que había cambiado su antiguo nombre por el de "Diana", capitaneado por Juanito, al que asesoraba "Pata de Palo", que vivía en la gloria, navegaba con rumbo a su base, donde le aguardaba el armador.

Juanito y Diana, mil veces cada día, se juraban amor eterno, y el señor Harland, al recibir un radiograma de su hijo enterándole de todo lo sucedido, se consideró el hombre más feliz del mundo, y mucho más lo sería cuando viese que, además del cargamento a salvo, Juanito le traía una nuera encantadora.

FIN

GRAN ÉXITO en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

La preciosa novela

RAMONA

DOLORES DEL RIO WARNER BAXTER

Es una joya de «Los Artistas Asociados»

32 fotografías

Magnífica portada

LA NOVELLA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

1912

1912

EB.

1912
1912
1912

1912
1912
1912